

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

¿Puedo borrarme de vampiro?

Braulio
Llamero

Dibujos de
Laura
Pérez





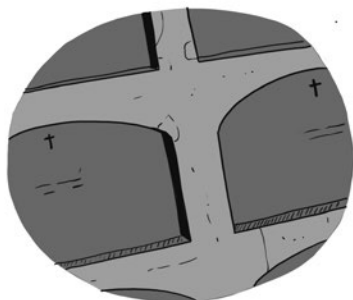
COLECCIÓN
CALCETÍN

¿Puedo
borrarme
de vampiro?

**Braulio
Llamero**

Dibujos de
**Laura
Pérez**

algar



1

Reunión de vampiros

Glóbulo odiaba las reuniones de vampiros.

Convocaban una cada año. Nada menos. Puede que parezca poco, pero si eres inmortal es una barbaridad.

—A las doce en el castillo del conde Plasmático. Allí nos vemos. Sé puntual y no como de costumbre.

Eso le advirtió su tutora antes de salir de casa.

A Glóbulo le disgustaban las reuniones anuales. Tampoco le veía ninguna ventaja a ser vampiro.

«¡Con la de cosas que uno puede ser y me ha tocado esto!», pensaba a veces.

Miró el reloj de pared que a sus tutores tanto les gustaba decorar con telarañas. Quedaba bastante

para las doce. Pero, si quería ser puntual, más le valía empezar a prepararse. Aún le resultaba complicado transformarse en murciélago.

Ese era otro motivo por el que odiaba ser vampiro. No puedes viajar como cualquier persona. ¡Oh, no! Tiene que ser volando y con el cuerpo de uno de los bichos más feos que existen. Tampoco puedes entrar en ningún lugar por la puerta. ¡Eso es una vulgaridad! Para ser elegante, hay que hacerlo por una ventana.

Ya ves tú la tontería. ¡Menuda pérdida de tiempo! Primero, tienes que pasar de persona a murciélago. Después, vete volando; acierta con la ventana; pasa otra vez de murciélago a persona; reúnete; vuelve a transformarte en murciélago para regresar; y cuando llegues a casa, retoma la forma humana.

¡De locos!

—El primer vampiro tuvo que ser tonto de remate —protestaba algunas veces.

—Eso no se dice, Globi. Haz lo que hagan los mayores. Las cosas tienen siempre su razón de ser.

Para sus tutores, todo estaba bien. Era inútil plantearles nada.

«Tendré que hablar con el conde Plasmático».

Eso pensó Glóbulo aquel día, mientras aleteaba (bastante mal, por cierto) hacia el castillo Tenebroso. Su propietario, el conde Plasmático, tenía más de mil años. Era el jefe de los vampiros. Algunos le tenían miedo. Otros decían que era como un

padre al que puedes pedir consejo. Y justo eso era lo que estaba necesitando él.

«Sí, creo que lo haré. Ya que debo soportar la reunión, aprovecharé para contarle al conde mis problemas. Los tutores no me entienden. Soy un incomprendido. Eso le diré. Y a ver».

Casi llegó a tiempo. Solo se confundió de ventana dos veces. Lo peor de esos errores es que solo una ventana del castillo suele estar abierta. Y te llevas un trastazo horrible si quieres entrar por cualquiera de las otras.

—¡Si es que no miras! —le reñía su tutor, cada vez que se enteraba de esos fallos.

Glóbulo se justificaba:

—¿Cómo voy a mirar, si los murciélagos no ven ni torta?

—¡Tienen radar!

—No me aclaro con él.

Lo de ser murciélago lo llevaba atravesado en todos los sentidos. ¡Con la de pájaros bonitos que hay en el mundo y tuvieron que elegir al animal volador más feo! Y para colmo, medio ciego.

Pese a todo, Glóbulo entró ese año bastante satisfecho en el Castillo Tenebroso. Solo dos golpes y apenas tres minutos de retraso. No era para que sus tutores, si lo estaban viendo, quedasen demasiado descontentos.

De momento, no los vio. Tenían que estar allí, porque ellos jamás llegaban tarde. Pero el gran salón donde se había convocado el encuentro anual estaba hasta arriba de vampiros. Como murciélagos cabían sin problemas, pero al ir adoptando forma humana aquello se había puesto a reventar.

El conde Plasmático ocupaba una especie de trono sobre un estrado alto, para que pudieran verlo desde cualquier punto. Uno de sus ayudantes golpeó un gong, gritando:

—¡Silencio!

En cuanto los vampiros callaron, el conde se levantó. Era altísimo, flaco y con la piel más blanca que un papel.

A Glóbulo le dio envidia su estatura: podría ser jugador de baloncesto, si quisiera.

Lo que no le pegaba ni con cola era la voz. En vez de tenerla grave, áspera, ronca, fuerte, la tenía aflautada, aguda, chillona e incluso ridícula:

—¡Bienvenidos a nuestra reunión anual, queridísimos chupasangres!

Los vampiros sonrieron. El conde añadió, casi sin respirar:

—¡Bienvenidos todos... menos uno!

Los vampiros dejaron de sonreír.

Y detrás de Glóbulo, una voz dulce y cantarina susurró:

—A alguien se le va a caer el pelo. O los colmillos.



2

Zampacuellos

Glóbulo se volvió. Tras él estaba una pequeña vampiresa que debía de tener su edad, unos doscientos cincuenta años como mucho. Era pelirroja, tenía pecas, los ojos un poco achinados y la sonrisa azucarada.

—¿Qué has dicho de pelo y de colmillos?

Ella se abrió paso a codazos para situarse a su altura.

—Ya sabes. Si alguno ha hecho algo gordo, lo desdentarán casi seguro.

—¿Le arrancarán los dientes?

—Solo los imprescindibles: los dos colmillos superiores. Los de succionar.

El conde Plasmático era el único vampiro capaz de volar incluso cuando no era murciélago. En

ese momento se elevó, clavando la mirada en la pequeña vampiresa.

—¿Quién se atreve a hablar estando yo en el uso de la palabra?

Glóbulo se apresuró a colocarse delante de ella, apretó los labios como si en su vida los hubiera abierto y miró al techo con aire despistado.

—¿Algún problema, pequeño Glóbulo Rojo?

Al conde le gustaba decir el nombre completo, con apellido y todo.

—Solo uno, señor conde. Como hay tantos vampiros, los pequeños no vemos ni un pimiento. ¿Podemos subirnos a la mesa?

Glóbulo señalaba una gran mesa de madera que estaba en el centro del salón.

—No me parece mal. Los menores de trescientos años, si hay alguno más, pueden subirse a la mesa.

—¡Gracias, señor conde!

Glóbulo hizo un gesto a la pequeña vampiresa y subieron ambos a la gran mesa alargada. Incluso sentados, veían perfectamente y estaban comodísimos.

—¿Los bajitos podemos subir también, aunque tengamos más edad? —preguntó un vampiro mayor que no medía ni metro y medio.

—¡No! —respondió la voz chillona del conde, que había regresado al suelo.

La mesa quedó solo para los dos únicos menores de edad que al parecer asistían al encuentro.



—¡Gracias! —susurró a Glóbulo la vampiresa de voz cantarina—. Me llamo Oscura Luz.

Pero él no respondió y además se puso rojo. Acababa de ver a sus tutores, sentados en lugar preferente, detrás del conde Plasmático. Lo miraban, se reían, e incluso le pareció que su tutora le guiñaba un ojo.

—Bien —prosiguió el conde en ese momento—. Habréis observado que casi no cabemos. Y os preguntaréis: ¿Cómo es posible, si los vampiros no nacemos y casi no morimos? ¿No deberíamos ser siempre el mismo número, ni más ni menos, ni menos ni más? Yo mismo os contesto. Hay alguien entre nosotros que ha olvidado, ¡que ha querido olvidar!, nuestra más inamovible orden, norma, ley o instrucción. Hasta el más pequeño de nuestros vampiros está al tanto. ¡Dínoslo tú mismo! ¡En voz muy alta para que te oigan todos!

El dedo largo y huesudo del conde estaba señalando a Glóbulo. Oscura le susurró, nerviosa:

—Contesta o te desdentará.

Él carraspeó y dijo con voz firme:

—«¡El buen vampiro solo extrae la sangre necesaria para alimentarse, sin matar al portador!».

—¡Exacto! ¡Ahí está! Incluso el más pequeño de nosotros está al tanto, como veis. Se os repite miles de veces. Nadie debe morir cuando estamos alimentándonos. ¿Por qué? ¿Porque somos compasivos? ¿Porque nos dan pena los hombres, mujeres

o animales cuyos cuellos atacamos? ¡¡NO!! Los vampiros no sabemos lo que es pena ni practicamos compasión. Tratamos de evitar su muerte para que no se transformen en nuevos vampiros. De lo contrario, seremos demasiados y no habrá cuellos para todos. Pues bien, hoy, aquí, en este salón, somos muchos más que el año pasado porque alguien no está respetando esa norma.

El conde Plasmático calló. Sus ojos parecían hogueras. Daba miedo. Volvieron a desatarse rumores nerviosos por la sala. Todos sabían lo que iba a ocurrir. El culpable tenía que confesar de inmediato. Era lo mejor, dentro de lo malo.

Los vampiros se miraban, miraban a un lado y otro. Hasta que al fin vieron a uno bastante gordo tratando de abrirse paso.

—¡He sido yo! —confesó al llegar ante el conde—. Cuando empiezo a beber, no puedo parar. Y se me mueren los donantes. ¡Pero es sin querer!

—¡Zampacuellos! ¡Tú tenías que ser! —chilló el conde—. ¿Quién, si no? Miradlo. Es un tonel por no controlar su glotonería. Un vampiro no puede engordar así. Y es fácil de entender por qué. Veamos, ¿aún puedes transformarte en murciélago?

El vampiro Zampacuellos respondió mirando al suelo, con voz muy temblorosa:

—Transformarme, sí. Pero no puedo volar. Peso demasiado. Hoy he tenido que entrar por la puerta.

El conde Plasmático alzó la mirada:

—¿Lo veis? Se arruina la vida y nos crea problemas a los demás. ¿Solución? Solo cabe una. ¡Por su bien y por el nuestro, debemos desdentar a Zampacuellos!

Un escalofrío general recorrió el salón repleto de vampiros.



3

¿Se puede uno borrar?

El vampiro Zampacuellos miró desesperado a un lado y otro:

—¡No me dejéis sin colmillos! ¡Nunca más lo haré! ¡Lo juro!

Fue lo último que dijo, antes de que media docena de guardianes del conde se echase sobre él para inmovilizarlo.

—El próximo año estará más delgadito —susurró a Glóbulo la pequeña vampiresa—. Pobre.

—¿Se morirá de hambre?

Ella lo miró con cara de listilla.

—Los vampiros no mueren, como deberías saber. Eso para empezar. Y en segundo lugar, sin colmillos también podemos alimentarnos. Lo que

pasa es que hay que buscar bolsas de sangre por los hospitales, por las farmacias. Y esa sangre, por cierto, es asquerosa; no está ni la mitad de rica que la otra.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi tutor es enfermero especializado en transfusiones. De vez en cuando, trae alguna bolsa a casa.

La «operación Zampacuellos» había terminado. El conde Plasmático mostró en alto unas tenazas que sujetaban dos largos y afilados colmillos recién arrancados.

—¡Que esto os sirva de lección! Alimentaos sin crear nuevos vampiros. Somos más que suficientes. Y ahora, prosigamos.

Glóbulo apenas se enteró de los restantes asuntos tratados en la reunión. Era un aburrimiento. Esperó a que terminara y los vampiros desaparecieran en forma de murciélagos. Sus tutores fueron de los primeros en irse, tras saludar al conde y, desde lejos, a él.

También le dijo adiós la pequeña vampiresa, aunque no sin dejarle una tarjeta de visita:

—Gracias por lo de antes.

—Bueno...

—Me protegiste como un caballero y las chicas nos quedamos con esos detalles. Si algún día pasas cerca de donde vivo, ven a verme.

–Vale.

–No, de verdad. ¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–¿Tú te quedas?

Glóbulo asintió.

–Tengo que hablar con el conde.

–¡Vaya! –exclamó ella admirada–. ¡Qué nivel!

Aunque yo que tú, pensaría mucho qué decirle...

Cuando estaba a punto de bajar de la mesa, dio media vuelta y le besó en la mejilla. Después, sí que bajó al suelo de un salto y desapareció por la ventana.

Glóbulo guardó la tarjeta en un bolsillo, bajó de la mesa y se acercó al conde, que por fin estaba solo.

–¿Puedo hablarle?

–¡Vaya, el pequeño Glóbulo Rojo, a quien tutelan mi fidelísimo Arterio y la bella Globulina! Tus tutores son vampiros importantes y les tengo un gran aprecio. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tragó saliva. Había pensado un montón de maneras de ir acercándose al tema, poco a poco. Pero esto fue lo que le salió:

–¿Puede uno borrarse de vampiro?

El conde lo miró sorprendido. Sorprendidísimo, más bien. Por no decir palabras raras como *patidifuso*, *atónico* o *estupefacto*. Sus ojos, que a ratos parecían amarillos y a ratos verdosos, giraron unos segundos sin ton ni son. Dio un suspiro, dos

e incluso tres. Glóbulo pensó que estaba tratando de armarse de paciencia para no desdentarlo allí mismo. Por fin, le respondió con lentitud y remarcando cada sílaba.

—Mira, chaval. Aprende bien esta lección, que solo por el respeto que tengo a tus tutores voy a darte. En el mundo no hay más que dos tipos de seres. Los que chupan sangre, como nosotros, y los que la suministran, que son todos los demás. Y ahora dime: ¿prefieres ser suministrador?

A Glóbulo le ocurrieron dos cosas repentinas. Una: se le secó la garganta. Dos: se le borró cualquier otra pregunta. Así que se rascó el cuello, removió los hombros, agitó la cabeza, carraspeó ocho o diez veces y acabó diciendo:

—¡Adoro ser vampiro, señor conde! ¡Es el no va más!

Nunca se había transformado con tanta rapidez.

Salió volando por la única ventana abierta, sin el más mínimo error.

E incluso le funcionó el radar a la primera para indicarle el camino a casa.



4

¡Sangre y colmillos!

Al convertirte en vampiro, andas muy despistado. Sobre todo si eres pequeño. No ocurre a menudo, porque está prohibido alimentarse de menores de catorce años. Pero nunca faltan vampiros desalmados o que no pueden resistir la tentación. En esos casos, si un niño se vuelve vampiro, se nombran tutores que hagan de padres hasta que sea mayor de edad.

Eso no ocurre a los dieciocho años. Ni a los veintiuno. En los vampiros, el crecimiento es muy lento y no están formados por completo hasta los trescientos años. Pero cuando cumplen esa edad, sus tutores les entregan la capa negra y les dicen: «A partir de ahora, búscate otra cripta».

Es una forma de hablar. Solo los vampiros ricos pueden permitirse vivir en criptas de antiguas abadías, viejos palacios o grandes cementerios, que es donde las hay. La mayoría vive en sótanos húmedos, dentro de cajas de madera que ni siquiera son confortables ataúdes. Eso, por el día. Por la noche salen a revolotear sin rumbo, hasta que encuentran algún cuello con el que alimentarse.

A Glóbulo le parece una vida absurda.

—De día, dormidos en un cajón. De noche, buscando qué comer. ¡Vaya futuro! ¡Y para colmo, interminable!

Tras su frustrada petición de consejo al conde Plasmático, tomó la decisión de irse. Hacía tiempo que la idea le rondaba por la cabeza. Pero carecía de valor para decírselo a sus tutores. Por eso, dos noches después, les escribió una nota:

«Estimados tutores:

Me he marchado. No quiero esperar a cumplir trescientos años. Voy a ver qué hay por ahí. Me llevo la capa que teníais que darme al llegar a mi mayoría de edad, por si no he vuelto cuando los cumpla. Que no creo. Gracias por todo.

¡Sangre y colmillos!».

Los vampiros solían despedirse de ese modo, deseándose sangre y colmillos. ¡No van a decirse



«a-Dios», con lo nerviosos que les pone un simple crucifijo!

Glóbulo tenía poca relación con sus tutores. Por el día estaban dormidos. Y en cuanto caía la noche, como eran vampiros importantes, salían zumbando a sus quehaceres. Al principio, se habían preocupado por si no se alimentaba o tenía algún problema. Pero eso duró hasta que vieron que se las arreglaba solo. Después: «hola», «adiós», «¿todo bien?» y «no te preocupes», si les decía que algo le preocupaba.

La lujosa cripta en la que vivían había sido un regalo del conde Plasmático. No en vano, Arterio, su tutor, era general en sus ejércitos de la noche. Y de su tutora, a quien llamaban la bella Globulina, se decía que era el verdadero cerebro del condado.

Lo que nunca entendió Glóbulo es qué pintaba él en tan «ideal» pareja. No era guapo ni listo como su tutora; no tenía el valor y la fuerza de los que presumía su tutor, y para colmo, era un desastre como vampiro.

«Se nota que soy adoptado», era su pensamiento favorito.

Guardó su capa de cuando fuera mayor en la mochila, junto a algunas bolsas de plasma, por si acaso. Añadió una brújula en previsión de que el radar de murciélago le dejase de funcionar. Echó un último vistazo a la cripta y salió al exterior.

Tras un par de intentos fallidos, logró transformarse en murciélago y echó a volar. No se preocupó por la mochila. Era especial, se la habían regalado en un cumpleaños y lo seguiría fuese donde fuese. Aún no había decidido nada, pero voló hacia la costa. Tenía dos motivos. La vampiresa que había conocido el día anterior vivía en una ciudad costera. Y los barcos eran la mejor forma de viajar muy lejos.

Los vampiros, por si lo estáis pensando, no usan los aviones. Durante los vuelos no existe separación clara entre el día y la noche, se les escapa el control de la luz y su reloj vampírico se vuelve loco. Su única forma segura de volar es como murciélagos. Y para distancias largas, han de coger barcos.

Avistó la costa cerca del amanecer y efectuó uno de sus más terribles aterrizajes. Conviene tocar suelo en el instante preciso en que pasas de murciélago a humano. Pero a él no le salía. O lo hacía tarde y se arreaba un castañazo como murciélago, o le salía pronto y el golpe lo recibía su forma humana. Esta vez se transformó más pronto que nunca, cuando aún estaba demasiado alto; se asustó, quiso cambiar de nuevo y volvió a ser murciélago justo al caer: se empotró en la arena.

Varias transformaciones seguidas son agotadoras. Y aún tuvo que volver a su cuerpo humano, para no morir enterrado en la playa. Los rayos del sol estaban a punto de surgir del mar. Tenía

segundos para ocultarse y no morir. Corrió con sus escasas fuerzas hacia un acantilado. Había visto en él la entrada a una gruta subterránea. Llegó tan justo que sintió abrasarse su parte trasera al saltar hacia lo oscuro.

—¡¡AAAAYYYYY...!! —se le oyó chillar, para susto de gaviotas mañaneras y peces trasnochadores.

Y antes de dormirse, agotado por completo, aún tuvo tiempo de añadir tres palabras más:

—¡ODIO SER VAMPIRO!

Ni se enteró de la llegada de su mochila seguidora, que se posó a sus pies con suavidad.